

Cuestión de perspectiva

Como nadie la hubiera imaginado cabalgando sobre un caballo desmadejado en los accidentados caminos de la península, ni mucho menos acompañada de una dama de honor a quién ofrecerle una ínsula para su buen gobierno, ella simplemente hizo lo que siempre se pretendió que hiciera: esperar pasivamente la llegada de un caballero que reclamaba hidalguía para sí... pero jactándose de andanzas imaginarias frente a una mujer igualmente imaginaria. Y todo para que al final este ilusorio aliciente sucumbiera ante el tedioso mundo de la cordura. ¡Bella Dulcinea! «En un lugar del Toboso, de cuyo nombre no quiero acordarme...»